

Comentario a Sierralta S. (2020) El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea

Andrea Seelenfreund¹

Leo el texto de Simón Sierralta (2020) “El Futuro que no fue: Tres tesis sobre la arqueología chilena contemporánea.” Me han pedido comentar sobre las reflexiones y el análisis que hace mi colega, varios años más joven que yo. Hoy son tiempos complejos que nos tienen sentados doce horas al día frente a una pantalla, tele-trabajando, interactuando con nuestros amigos, colegas y estudiantes a través de medios virtuales. Estoy intentando algo parecido a hacer docencia a estudiantes de primer año de universidad. No me queda otra opción que pensar en mis propios primeros días en la universidad, allá en marzo de 1975 cuando ingresé al Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. También eran tiempos complejos, con futuros inciertos. Pienso en mis estudiantes de primer año que dan sus primeros pasos en la antropología; dudosos, en condiciones precarias, enfrentados al ritual de primer año universitario. Son mechones sin ser mechones, no han tenido bienvenida, no se conocen entre ellos más allá de sus nombres en una lista de whatsapp en la que se organizaron. Ellos, supuestamente de la generación digital, no saben usar o no tienen disponibles los medios digitales que les exigimos. Están perdidos, están estresados, pero ingresan a una carrera y escuela ya consolidada a estudiar una profesión reconocida. Mi ingreso, claro fue diferente, tenía compañeros, tenía profesores presenciales, hubo semana mechona, pero también cada paso al interior y exterior del campus estaba vigilado y permeado del terror del entorno. A ello debemos sumarle que entrábamos a una carrera muy nueva de la cual aún no había egresado la primera generación. Al finalizar el primer semestre, dos profesores presos; compañeros que no regresaron. Nadie preguntaba mucho. Solo años después tomamos conciencia de cómo el ambiente que nos rodeaba nos formó como profesionales: vacíos teóricos, temas de los que no se hablaba, lo permitido vs lo prohibido. Carnet de identidad para entrar al campus, censura en lo que se decía y enseñaba. Miedos, otros miedos, pero siempre miedos. ¿Hasta dónde nos persiguen esos días, meses o años en nuestra formación, en nuestro quehacer académico y profesional y en la arqueología que hacemos y soñamos para el futuro en nuestro país? A ello se debe sumar que la arqueología recién se vislumbraba como una “profesión” en contraste con el ejercicio de ella como aficionado o en paralelo al ejercicio de otra profesión como de ingeniero o médico como lo fueron muchos de los socios fundadores de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Sierralta (2020) en su análisis revisa la historiografía respecto al desarrollo de la disciplina y vuelve sobre las preguntas básicas ¿qué historia debemos contar, cuáles son sus límites y direcciones? ¿Qué rol tiene la arqueología en todo ello? Propone tres grandes tesis para explicar el desarrollo en la historia de la disciplina en el Chile actual y su impacto en el quehacer nacional, enfatizando el quiebre producto del golpe de Estado de 1973. La primera tesis nos propone que el modelo neoliberal implantado en tiempos de la dictadura ha promovido en todo ámbito la individualización de las prácticas, con el desmembramiento de proyectos colaborativos de largo alcance, la pérdida de un proyecto social de la arqueología, privilegiando en cambio proyectos individuales basados en la competencia por el acceso a fondos públicos estatales, esto nos llevan a su segunda tesis: La creciente disociación entre la práctica académica, altamente competitiva y la práctica profesional, en

1 Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile. aseelenfreund@academia.cl

la que se desenvolvían todos aquellos que no lograban insertarse en un mundo académico estrecho y bastante incestuoso, y que observaba a los “otros” con un claro menosprecio. Por último está su tercera tesis, que ha titulado “De la comodidad a la superación”. Se refiere a la incapacidad de la disciplina a generar estrategias de superación de los marcos institucionales y políticos dispuestos por la dictadura, haber encontrado “un espacio cómodo” donde alojar su práctica de investigación y mercado y haberse insertado en la comodidad de la estructura económica, social y política que delineó la revolución neoliberal, acentuando una dicotomía entre arqueología académica vs arqueología de mercado.

No quiero referirme a los puntos 1 y 2, que han sido largamente discutidos por otros colegas. Me voy a centrar en lo que expone y argumenta en el punto 3. Hoy en día, finalizando la segunda década del milenio, los arqueólogos de todo el mundo son conscientes de su rol social y de la importancia del acceso público al conocimiento y la inclusión de las múltiples voces en los discursos sobre el pasado. Pero nada de eso sucedía en nuestra disciplina, ni en los años de la dictadura ni en la década de los 90. El rol social de nuestra disciplina no era parte de la discusión, las voces de los pueblos originarios, salvo en contadas excepciones, no entraban en la ecuación. La palabra patrimonio no se escuchaba en las salas de clases, ni en los congresos, tampoco se hablaba de feminismo, o conciencia ambiental. La arqueología era algo aséptico, del pasado, de gente ausente. Pero, ello no solo sucedía en Chile. Desde 1985 la arqueología ha sufrido cambios muy profundos que han obligado a replantear sus fundamentos y objetivos como disciplina histórica y social. Sin embargo, es probable que en Chile estos temas se hayan postergado aún más que en otros lugares, como consecuencia y efecto colateral de la dictadura.

No solo en Chile vemos profundas transformaciones en la práctica de la disciplina impulsadas por requerimientos del mercado y el intento de algunos arqueólogos al margen de la academia de generar un sustento en ese espacio incipiente. Determinadas generaciones universitarias, y particularmente aquellas formadas durante la dictadura, accedieron a los escasos cargos que se formaron en universidades y museos sin las exigencias académicas que se demandan a las generaciones posteriores. Si hoy en día, la obtención de un doctorado es el piso mínimo para acceder a un puesto académico, en los años 90 podía ser razón para ser excluido de la misma. Han habido generaciones “sándwich” que quedaron entrapadas entre estos dos formatos, al no haber espacio para los nuevos graduados en la única escuela de arqueología del país y la escasas contrataciones de profesionales en los museos con enfoque antropológico o arqueológico.

En la medida que aumentaba la competencia y los nuevos graduados vi surgir un nuevo campo laboral al alero de nuevas normativas y exigencias de organismos internacionales: la arqueología ejercida como profesión en el sistema de evaluación ambiental. El hecho que la arqueología en contexto de impacto ambiental fuera además lucrativo, aunque inestable, significó que cada vez mayor número de colegas y ya no solo aquellos excluidos del mundo académico, vieran en ella una posibilidad de ejercer la profesión o de mejorar sus ingresos. Sin embargo, venía acompañada del peligro de una arqueología rápida, descomprometida y potenciada por una normativa ambiental insuficiente, diseñada para servir al mercado más que al patrimonio. Es en este mismo contexto que surge la oportunidad de la profesionalización de la disciplina y el empuje necesario para la conformación del Colegio de Arqueólogos AG hoy, en sintonía con los nuevos tiempos, transformado en el Colegio de Arqueólogas y Arqueólogos AG, que va asumiendo con potestad un rol político en la valoración y defensa del patrimonio, que la Sociedad Chilena de Arqueología expresamente consideraba ajeno a sus atribuciones, al considerarse exclusivamente una sociedad científica. Es

recién en los últimos 10 años que finalmente podemos celebrar la acción conjunta y sostenida de ambas instituciones bajo la creciente amenaza de la destrucción al patrimonio, reforzada por las decisiones del Estado.

En forma incipiente vemos surgir a fines de los años 90 también en Chile, las primeras voces que reclaman este rol social y compromiso de los arqueólogos y arqueólogas con las comunidades donde trabajan. Es notable recordar que los códigos de conducta ética tanto en antropología como arqueología son recién discutidos a partir de fines de la década de los 90 e implementados recién a mediados de la primera década del nuevo milenio. Me referiré muy brevemente aquí a lo que me parece más importante: las relaciones entre el arqueólogo y las comunidades donde ejerce. Si no fuera por las exigencias que impone el sistema de financiamiento científico del país, ¿el trabajo en y con comunidades indígenas en Chile consideraría hoy el consentimiento de las comunidades? ¿Ha cambiado realmente nuestra percepción de que las poblaciones originarias o que el patrimonio arqueológico es algo distanciado y ajeno a la comunidad donde se ubica, como si éstos no tuvieran relación alguna con la cultura material que estudiamos? ¿Qué camisa de fuerza nos impone el actual modelo extractivista que ve en el Estado no un agente activo encargado de la protección, sino un agente administrador de recursos? Estos son problemas transversales que nos competen en lo disciplinar y muchos otros ámbitos de nuestras vidas. Es fundamental preguntarnos sobre el lugar y sentido que queremos ocupar y que deseamos para la disciplina. Creo ver en las nuevas generaciones un profundo cambio y un viraje hacia una arqueología social, comprometida y desde los territorios. También veo con esperanza profesionales de miembros de los diferentes pueblos originarios estudiando arqueología, validarse frente a sus comunidades y hacerse cargo de su propio patrimonio. Espero que ello nos permita construir un nuevo dialogo y una arqueología con la participación activa de las comunidades. Sin embargo, ello no debe hacernos complacientes. Vemos hoy como surgen nuevas escuelas de arqueología en diferentes puntos del país, algunas con enfoques regionales, otras con enfoques más o menos academicistas. Ello ciertamente representa un desafío a las futuras generaciones que buscarán desarrollar su camino profesional cada vez bajo un escenario más competitivo. No obstante, creo que ello también es una oportunidad para crear nuevas formas de hacer arqueología, superar las tensiones y construir un nuevo dialogo para crear ese futuro que queremos tener. Ya lo vemos en el surgimiento de grupos de investigación independientes que ponen el foco en nuevas temáticas, como lo son la arqueología de contextos históricos y/o contemporáneos, temáticas vistas previamente como muy lejanas en el ejercicio de la profesión. Permítanme cerrar este texto con una propuesta para un título alternativo al artículo de Simón Sierralta: “El futuro que es: Tres tesis sobre la arqueología chilena contemporánea”.

Referencias Citadas

Sierralta, S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50. En prensa.